

de orgullo y de ambición que se había apoderado de su espíritu. «Destino al rey de Nápoles á reinar en Madrid, le escribía Napoleón. Quiero daros el reino de Nápoles ó el de Portugal. Respondedme sobre la marcha lo que pensáis, pues es preciso que todo quede arreglado en un día.»—2 de Mayo de 1808.

...Los sucesos de Madrid sirvieron desde luego á Napoleón para vencer la resistencia de Fernando, lo que hasta entonces no había sido posible. El rey Carlos, empujado de nuevo por el emperador llamó de nuevo á su hijo, le acusó de ser el autor de la insurrección de Madrid, y le amenazó con hacerle de ella responsable, en fin, le declaró que ahora más que nunca no tenía mas que un medio para justificarse, y este era renunciar al trono. Y como el príncipe permaneciera inmóvil, y con los ojos bajados, guardando un silencio obstinado, Napoleón mismo le interpeló con las amenazas más violentas: «si de aquí á media noche, le dijo, no habéis reconocido á vuestro padre por rey legítimo y no lo mandáis á Madrid, seréis tratado como á un rebelde.» Esas palabras son las que Napoleón mismo confiesa en su correspondencia, pero testigos dignos de fe aseguran que amenazó á Fernando con la muerte y su aserción no tiene nada de inverosímil. El príncipe aterrizado cedió al fin. Firmó dos renunciaciones sucesivas, una con fecha del 6 de Mayo en favor de su padre y en su cualidad de rey de hecho, la otra fechada en el día 10, en favor de Napoleón y en su cualidad de heredero de la corona. El rey Carlos ni siquiera había aguardado esos dos actos para ceder á Napoleón todos sus derechos al trono de las Españas y de las Indias en cambio de los castillos de Copiegne y de Chambord y de una renta de treinta millones, de reales—5 de Mayo.—Fernando recibió en cambio de sus derechos el castillo de Navarra con una renta de 400.000 francos y 600.000 francos de renta vitalicia. Los tres infantes recibieron pensiones. España y sus colonias quedaban por este hecho para Napoleón, mediando una suma total de diez millones anuales, pero esta suma era España misma quien debía pagarla. «Esto hará un total de diez millones, escribía Napoleón á Mollien el 9 de Mayo. Todas esas sumas serán reembolsadas por España.»

Incompleta quedaría la historia de esta transacción, sino añadiéramos que, menos de tres meses después del día de haberse firmado, Fernando reclamaba al tesoro francés el pago de los dos primeros meses de pensión. La del rey Carlos no era mejor pagada, en Setiembre tan sólo pudo recibir sus atrasos de Julio.

Napoleón había triunfado, y radiaba de placer. ¿Quién podrá en adelante disputarle sus derechos? ¿Qué estipulación, qué contrato se ha concluido jamás de una manera más regular, qué convención mejor hecha según todas las formas? Una sola cosa le molestaba. El rey Carlos parecía que había tomado muy bien su desventura, «era un buen hombre,» pero Fernando estaba sombrío y taciturno: «En cuanto al príncipe de Asturias, escribía á Talleyrand el 6 de Mayo, es un hombre que inspira poco interés. Es un animal, hasta el punto de que no se le puede arrancar una sola palabra. Díganle lo que se quiera, no responde. Que se le aburra ó se le hagan cumplimientos, no cambia jamás de cara. Para el que le ve, su carácter se pinta en una sola palabra: es un solapado.»

Napoleón no podía concebir que Fernando no se mostrara más complaciente... Napoleón se apresuró á alejar esta triste figura; dirigió al príncipe lo mismo que á sus hermanos á Valencey, dándoles una escolta de honor compuesta de ochenta gendarmes. Por un rasgo de esta ironía cínica y mala que no le abandonaba jamás, encargó al atrabiliario Talleyrand que vigilase sus placeres. «Deseo, le escribió sobre este punto, que sean esos príncipes bien recibidos sin exterioridad, pero honrosamente, y que hagáis todo lo posible para divertirlos. Si tenéis en Valencey un teatro, no veo ningún mal en que llaméis á algunos comediantes. Podrías también llamar á madame Talleyrand con cuatro ó cinco damas. Si el príncipe de Asturias se enamoraba de alguna muchacha bonita, esto no tendría inconveniente, sobre todo si de ella se estaba seguro. Tengo el mayor interés en que el príncipe de Asturias no dé ningún mal paso. Deseo, pues, que se divierta y que esté ocupado. La política exigirá que le mandase á Bitche, ó en algún castillo; pero como se ha arrojado á mis brazos, y me ha prometido no hacer nada sin orden mía, y todo va en España conforme á mis deseos, he tomado la resolución de enviarle al campo rodeándole de placeres y de vigilancia. Que esto dure el mes de Mayo y parte de Junio, los negocios de España habrán entonces presentado otro aspecto y veré el camino que hay que tomar. En cuanto á vos, vuestra misión es bastante honrosa. Recibir en vuestra casa tres ilustres personajes para divertirlos, es cosa que está de todo punto con el carácter de la nación y el de vuestro rango.»

No se dice que clase de sentimientos agitaron la alma de Talleyrand al leer esta carta que le confiaba esta honrosa misión, pero no se puede juzgar por

esas ignominiosas instrucciones que no podía declinar sin perderse, que si este hombre de Estado se ha convertido desde esta época en uno de los más mortales enemigos de Napoleón, no será porque le faltaran motivos... Sabía el emperador que Talleyrand se permitía en la intimidad hablar más ó menos libremente sobre esta gloriosa sorpresa de España. El diplomático se hacía un mérito de haberla desaconsejado y la declaraba impolítica en alto grado. Y bien á pesar suyo va á encontrarse comprometido en ella, comprometido por haber desempeñado en él el papel más vergonzoso y deshonesto, pues que á la vez hacía de carcelero y proveedor de los placeres del príncipe destronado. Y esto es á lo que Napoleón en Santa Elena, abriendo su corazón al piadoso Las Cases, llamaba «una especie de malicia!» y que cierra dignamente la larga serie de infamias que vinieron á rematarse con los dos tratados de Bayona.

Véanse y compárense para esta época las *Memorias* de Cevallos, de Escoiquiz, de Ayanza y O-Farril, los documentos publicados por Llorente, las *Memorias históricas* del abate de Pradt, los *Recuerdos diplomáticos* de lord Holland, la *Historia* del conde de Toreno, y las *Memorias* del Sr. de Bausset. En cuanto á las *Memorias* del Príncipe de la Paz, bien que redactadas bajo los ojos de Godoy, contienen pocas noticias útiles.

Ya no faltaba más que tomar posesión de ese magnífico reino, que á tan buen precio se acababa de adquirir, pero aún cuando España estaba inundada por sus tropas, se estaba lejos de haber ocupado todas las provincias. Mas esta toma de posesión no podía ofrecer ninguna dificultad, Napoleón estaba convencido de ello, y era necesario que todo el mundo lo creyera como él. «Considero que la parte más pesada de la tarea ha terminado, escribía el día 6 de Mayo, podrán tener lugar algunas agitaciones, pero la buena lección que se acaba de dar en la villa de Madrid, y la que últimamente ha recibido Burgos, deben necesariamente decidir prontamente las cosas.» Y el día 14 le decía á Cambaceres: «La opinión de España se doblega según mi deseo. La tranquilidad está restablecida en todas partes, y parece que no se turbará ya más» El 16 le decía á Talleyrand: «Los negocios de España van bien y van á quedar enteramente terminados.»

¡Vana y lastimosa ilusión! No, los negocios de España no habían terminado, al contrario, ahora iban á empezar. ¿Pero las apariencias y las probabilidades no estaban todas en su favor? ¿No debía creer, él, el señor de tantos imperios, que daría fá-

cilmente cuenta de una nación sin jefes, sin dinero, sin ejército y separada por el mar de todas las potencias continentales, excepto de la que le oprimía? ¿Era verosímil que la hez de los burgueses y campesinos pudiera hacer frente á las legiones que habían vencido á Europa?

Todo concurría, pues, á engañarle, todo, hasta la inaudita é inconcebible facilidad con que había llevado á buen fin los preliminares de su usurpación. Sus mismos éxitos no sirvieron mas que para ocultarle los lazos tendidos á su fortuna. Había resuelto introducir sus ejércitos en España, y habían sido recibidos con los brazos abiertos; había querido hacerse dueño de las plazas fuertes, y se las habían entregado; había pedido que se alejasen las tropas españolas, y se las había hecho partir; había exigido la ocupación de la capital, y la había obtenido; había procurado atraer á los dos reyes á Francia, y habían venido; les había intimado que renunciaren al trono, y habían abdicado.

Desde el primer momento, pues, todo se había sometido, todo había cedido delante de su voluntad, cedido á sus engaños y violencias, no había encontrado un solo obstáculo, ni en los hombres, ni en las cosas, tan caduca, decrepita y agotada estaba esa vieja monarquía. Y ahora que se encuentra dentro de ella al frente de 120.000 hombres, ¿quién osará hablar de resistencia?

Pero es en España en donde espera á este invencible el castigo, pues es por ese débil adversario por quien va Napoleón á verse cogido, y enlazado de una manera tan fuerte y tan tenaz que nadie podrá libertarle.

Semejante al luchador de la leyenda antigua, al primer esfuerzo de su poderoso brazo, ha rajado el tronco de la secular encina. Pero hé aquí que las partes separadas se pegan de nuevo rápidamente y su mano queda encerrada dentro de este vivo estuche. Quiere sacarla pero cuanto más forceja, más prisionero queda. La carne y la madera ya no hacen mas que uno solo. El gigante se turba, y hace temblar la tierra con sus desesperados esfuerzos. ¡Furores inútiles! ¡El árbol vencedor le retiene, lo abraza cada vez más y lo cautiva, y al caer la noche los animales salvajes van ya á rodar al rededor de su presa!

Si hasta aquí hemos seguido á Lefranch, nos interesa ahora á nosotros, como españoles, presentar en toda su desnudez la conducta de la familia real de España en el momento mismo en que el pueblo español se lanzaba al más desesperado combate para

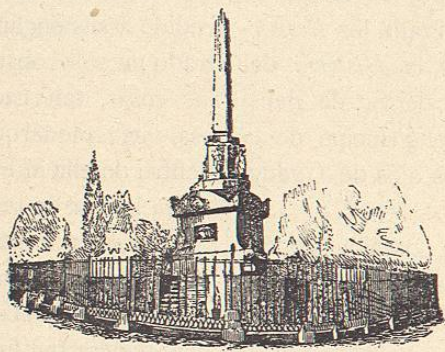
recoger la corona que con tan gran apocamiento de espíritu se había dejado caer al suelo en Bayona.

Ya hemos dicho que al ausentarse de España Fernando VII había dejado en Madrid una Junta de gobierno del reino. Esta Junta, que ni por un momento estuvo á la altura del patriotismo español y á cuya ineptitud se debió el sangriento é inútil 2 de Mayo, estaba presidida por el infante Antonio Pascual.

Realizada á raíz de los sucesos de Madrid la salida del infante Francisco para Bayona, sólo quedaba de la familia real de España el infante Antonio á quien se significa el deseo ú orden del emperador

de que marchase á Francia á reunirse con el resto de la real familia, lo que cumplió, largándose en la madrugada del 4 de Mayo, dejando por despedida á la Junta que presidía, la siguiente carta en la que acredita su capacidad y patriotismo: «A la Junta, para su gobierno, le pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de orden del rey, y digo á dicha Junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella. Dios nos la dé buena. A Dios, señores, hasta el valle de Josefát.»

¡Y pensar que para esta familia se sacrificaron Madrid, Zaragoza y Gerona!



Madrid.—Monumento erigido á las víctimas del 2 de Mayo



CAPITULO XVI

LEVANTAMIENTO DE ESPAÑA

Indignación de España por los fusilamientos del 2 de Mayo.—Comoción popular.—Originalidad y grandeza del levantamiento español.—Cuando estalla: el alcalde de Mostoles.—Si el levantamiento fué obra de los frailes.—Imposturas de Napoleon.—Nombres de los batallones de voluntarios: su significación.—Actitud de la gente oficial y cortesana.—Levantamiento de Asturias: 9 de Mayo.—El marqués de Santa Cruz.—Armase el pueblo.—Marcha el conde de Toreno á Inglaterra para reclamar su apoyo.—Recíbelos Canning.—Ofrécele oficialmente el apoyo de Inglaterra.—Levantamiento de Cartagena.—Sale la escuadra de Salcedo para Mahon.—Recóbrase para España.—Levantamiento de Murcia.—Levantamiento de Valencia.—Indignación popular.—Salva al traidor conde de Cervellon, su hija.—Asesinato del inocente barón de Albalat.—El canónigo Calvo: sus crímenes.—Asesinatos de franceses.—Restablécese el orden.—Ejecución del canónigo Calvo.—Levantamiento de Valladolid.—Cómo se hizo pronunciar al general Cuesta.—Levantamiento de Galicia.—Asesinato del general Filangieri.—Levantamiento de Santander.—Levantamiento de Aragón: Palafox.—Levantamiento de Castilla la Vieja y Cataluña.—Las provincias vascas.—Levantamiento de Sevilla.—La Junta suprema.—Asesinato del conde del Aguila.—Pronunciamento del general Castaños.—Levantamiento de Cádiz.—Asesinato del traidor general Solano.—Ataque de la escuadra francesa anclada en la bahía de Cádiz.—Evita su pérdida Rosily.—Negociaciones.—Levantamiento de Jaen y Córdoba.—Levantamiento de Granada.—Pronúnciase al frente de los suizos en Málaga, Reding.—Levantamiento de Extremadura.—Organiza un ejército de 20.000 hombres.—Envía Napoleon á buscar á su hermano José: 10 de Mayo.—Debilidad de la Junta suprema de Madrid y del Consejo de Castilla: llaman al trono de España á José.—Cortes de Bayona: 15 de Junio de 1808.—Marcha de las operaciones militares.—Quiere Napoleon sofocar de una vez y en todas partes el levantamiento de España.—Marcha de Moncey y de Chabran sobre Valencia.—Marcha de Lefevre-Desnonettes á Zaragoza.—Instrucciones de Napoleon.—Hacer ejemplos.—Los primeros encuentros.—Fáciles triunfos de Verdier, Frere y Lasalle.—Derrota de Cuesta en Cabezon.—Combates en Aragon.—Avanza Moncey hasta Cuenca.—Llega Chabran á Tarragona: 4 de Junio.—No pueden pasar adelante.—Duhesme bloqueado en Barcelona.—Estréllase Lefevre delante de Zaragoza.—Marcha de Dupont á Andalucía.—Atraviesa Sierra-Morena: 1.º de Junio.—Avanza sobre Córdoba.—Combate del Puente de Alcolea: 7 de Junio.—Entra por asalto en Córdoba.—Estragos de todas clases cometidas en la ciudad por los franceses.—No se atreve Dupont á continuar avanzando.—Parálzase el avance de los franceses en todas partes: 15 de Junio.—Confianza de Napoleon.—Da el 9 de Junio por sofocado el levantamiento.—Aberraciones de Napoleon.—Savary en Madrid.—Llega José á Bayona.—Carácter de José.—Recibimiento que le hizo Napoleon.—Cómo le engañó y comprometió.—Proclamación de José.—La reunión de Bayona.—Discurso del duque del Infantado.—Indignación de Napoleon.—Actitud de José.—La Constitución de Bayona: 15 de Junio.—La cuestión religiosa.—Ministerio de José.—Jovellanos ministro.—Niégase á aceptar.—Cómo se le quiso comprometer.—Qué le faltaba á José en 7 de Julio de 1808.



A noticia de los fusilamientos del 2 de Mayo difundida en medio de una población inquieta, agitada, indignada por la presencia de tantos soldados extranjeros en su terri-

torio, arrancó en toda España un profundo grito de cólera. Pero cuando se conocieron las odiosas circunstancias de la traición de Bayona y las dos abdicaciones que le siguieron, ya no se oyó de uno á